

sus pupilos: tiernas mariposillas para sus empusas, topos putrefactos para sus necróforos, langostas para sus feroces escorpiones, las gentes le miran con extrañeza; pero esta extrañeza se convierte en asco y casi en furor cuando le ven inclinarse en medio de su camino y llenar cucuruchos de papel de la inmundicia reciente que ha de dar trabajo y sustento a su colonia de escarabajos insaciables. No; no son estos trabajos para realizados a la vista del transeunte ignaro y bien ajeno a que las manipulaciones inmundas de un vil pelotero pueden servirle al sabio para afirmar o negar la existencia de Dios.

Esta vez triunfa Fabre. ¡Lo que pedía era tan poco! Ya tiene su laboratorio y su Edén. Un cuadro de terreno áspero e inculto, cercado de tapias y enmarañado de cardos y centaureas. Allí, sin testigos ni trabas, va a hablar en alta voz con sus amadas bestezuelas. Estamos en 1879. Aparece el primer volumen de los *Recuerdos entomológicos*. Siempre pobre, aunque sus obras le procuren estrictamente la mísera pitanza, Fabre no puede pensar en gastos: unos tientos cubiertos de alambreras, unas campanas de cristal y una colección copiosa de cajas de cartón y botes de sardinas o de pimientos componen su instrumental científico. La materia prima no falta: un ejército da tarántulas, una legión de alacranes, un pueblo de escarabajos, una nación de chicharras... Si escasea algún bichejo, los rapaces del pueblo lo buscan por una moneda de cobre. Si se necesitan auxiliares, ocho tiene el entomólogo, ya viejo y cansado: sus hijos y sus hijas le ayudan con su vigilancia y con sus ojos jóvenes, poderosos y brillantes.

¡Cómo se inflama entonces el amor de Fabre por sus animalitos! No se limita a observarlos, sino que los interroga tan hábil y concienzudamente, que ellos siempre le contestan. La procesionaria del pino le cuenta su larga vida de larva en la oscura cámara de madera que ella misma ha horadado, amueblado y adornado; los insectos acuchilladores le revelan el secreto maravilloso de su destreza: cómo se inmoviliza a la víctima hundiéndola una, dos, tres o nueve veces el puñal en sus centros nerviosos o comprimiéndole los ganglios cervicales; los escorpiones le cuentan sus amores, siempre terminados en espantosa tragedia.

Todos los minúsculos habitantes de su laboratorio le muestran el misterio de su arte o de su oficio: unos son cazadores, otros carpinteros, otros escultores, otros enterradores; los hay versados en cirugía y en arquitectura; los hay artistas simplemente; hay larvas que conocen el secreto de la vida

y descifran el porvenir; hay avispas ancianas que saben ser porteras...

El les exige más y más. Y entonces le desvelan la gran verdad que él buscaba: le dicen que su instinto es maravilloso, superior algunas veces a la razón humana; pero que su inteligencia es nula; es decir, que la razón humana no es sencillamente una herencia zoológica, simple grado de una escala que arranca de las sentinas de la animalidad.

Ante la «sublime lógica que el himenóptero emplea para herir a su víctima o paralizarla por presión del cerebro con una destreza que apenas podría imitar el cirujano más hábil, se ha sentido pequeño y ha exclamado: ¡Ciencia soberbia, humíllate!» Ante la ciega ineptitud de la misma bestia sabia para realizar cualquier acto que requiera un débil fulgor de razón, se revuelve contra las teorías transformistas y las llama «brutalidades filosóficas».

No necesita más: ha vivido otros cuarenta años en conversación con sus insectos, luchando con las dificultades de una existencia ingrata; siempre «con un pedazo de cadena al pie». Es-

cribe el décimo volumen de sus *Recuerdos*, recibe el homenaje de Francia, y muere.

No es posible en un artículo de periódico dar idea de la obra gigantesca de Juan Enrique Fabre, ni es tarea ésa apropiada a mis fuerzas. Algo habría querido decir del estilo literario, tan elegante y tan sencillo, de este hombre, que decía: «La claridad es la suprema cortesía del escritor». Algo más que claridad hay en sus obras: hay amenidad, ternura, comunicativo calor cordial. Hacen meditar al hombre culto y divierten al niño como si fuesen fábulas. Cuando los niños españoles (enemigos implacables del insecto y otras bestiecillas bondadosas y útiles a quienes consideran horrendas y dañinas por un falso concepto de la bondad y de la belleza o por bárbaras supersticiones heredadas) hayan leído los *Recuerdos entomológicos*, la cultura española habrá cambiado de rumbo.

FÉLIX LORENZO

(El Sol. Madrid).

Envío de don Juan Ramón Uriarte.

#### A ORILLAS DEL ESCALA

## Las reformas del nuevo Director de las Escuelas de Bruselas

La juiciosa y progresista Bruselas ha adoptado unos Programas de Educación Primaria semejantes a los que aquí están a punto de irse a pique.

Faire entrer la Vie, la Beauté, la Vérité dans l'école, voilà ce que nous devons vouloir et réaliser.  
(DEVOGEL, Directeur des Ecoles.)

CAEN las hojas de los árboles, y bojan dulce, suave y tristemente cuando el viento se duerme en los ramajes negros. Libros y enseres escolares han asaltado las vitrinas, y los almacenes se llenan de sonoros deseos infantiles y de esperanzas paternas. En las calles, desfiles de gente juvenil y menuda, cartapacio bajo el brazo. Diríase que Bruselas se ha infantilizado, que es la ciudad de Liliput. Es que estamos en la estación escolar. Otoño abre aquí las puertas de la escuela, y las cierra Estío, época de calor que convida al veraneo, a orillas del mar o en el regazo campestre de la naturaleza.

Cada año escolar se inicia en Bélgica con un programa de reformas a realizar durante todo el tiempo de labores, porque la escuela belga está en constante renovación en su acción educadora.

Antes de traspasar los umbrales de la escuela, para vivir su ambiente y observarlo, veamos cuáles son las reformas que ha formulado la autoridad escolar este año.

Todos los propósitos han coincidido en la ingencia de un nuevo programa de estudios. El Director de Escuelas nos ha dicho en sustancia, sobre el particular, estas palabras que deben ser muy atendidas por todos los que en ese país tienen que ver directa o indirectamente con la educación pública, el problema magno de toda nación civilizada:

«Por sus principios fundamentales, sobre todo, la Instrucción debe constituir un medio de cultura real. Es necesario que ella refleje todos los conocimientos científicos desarrollados en esta última década. La Biología,